

La Fiesta de las Flores

Especial para LA REPUBLICA. — Escribe José León Sánchez.

A Laura Da Vinci, gran poetisa costarricense.

Al florecer las rosas madrugaron;
al envejecerse, florecieron.

Cuna y sepulcro en el mismo botón hallaron.

—Poema español.

Y Dios hizo la mujer.

A imagen y semejanza de una flor, Dios hizo a la mujer. De una cosa tan fea como es el hombre ¿será posible que haya salido ese poema de ternura que se llama mujer?

Y le hizo la piel similar a la tersura del azahar.

Sus senos son copia clásica de un botón de rosaleta.

En sus ojos dejó el día que revienta en cada pétalo de las magnolias...

Y el cuerpo fue igual a los cuerpos de los tallos del lirio que se mece agua arriba, agua abajo, en el hamacar de las corrientes.

Ese chorro de luz que emana de las perbrincas, de ahí le quitó alientos para el corazón de la mujer.

Y su risa —esa risa de mujer— fue copiada de los vientos de Octubre cuando los pétalos de todas las flores van a rodar por los caminos del mundo...

E... inspirado en una flor, Dios hizo a la mujer.

Un poema indú —viejo como todo lo viejo de la India— dice que el hombre estaba sólo y callado y está triste y entonces Dios, una mañana, en tanto que dormía, se allegó calladito y le dejó entre los brazos un ramo de lotos... Y fue feliz.

La mujer, por algo, ha sido siempre hermanada por los poetas con la sacrosanta belleza de las flores.

Nosotros íbamos hoy a hablar de las flores y —claro que sí— teníamos que empezar por la más hermosa de ellas.

Después las flores se dividen en clases.

Están las de las casas ricas que cuando vemos nos da miedo casi de tocar: El Príncipe Negro, la Rosa de Jericó, Citamos

también esa florecilla linda, ju guetona al mirar, que cuando uno la distingue parece que va a salir en un brinca brinca como su nombre: la perbrinca.

Está la Pasionaria. Crece sola en la montaña, entre murmullos de aves extrañas y gritos misteriosos; escondida ahí para que las raíces de un ceibo centenario y que cuando la sorprendemos nos parece algo así como una oración perdida de Semana Santa, que un monje ermitaño hubiera dejado olvidada en el camino.

Antiguamente —cuenta una leyenda náhuatl que llega hasta nuestros días— cuando un indio se enamoraba de una mujer tomaba un batracio, le cosía los ojos y lo dejaba libre no sin antes haber declarado muchas veces el nombre de la mujer deseada.

Hoy, cuando una mujer nos gusta le enviamos un ramillete de rosas. Las rosas son el símbolo de una declaración de amor.

Hay algunas que nos orientan en la historia geográfica del mundo: como el tulipán —como el tulipán— en cuyas facetas un zapatero antaño se inspiró para hacer los suecos, el zapato de los pobres en los Países Bajos y que también se ha convertido en casi fundamento de la economía de todo un pueblo: Holanda... que siembra flores para los regalones del mundo.

Están las florecillas que nos dan miedo: como la "espinilla" esa amarilla prendida entre bejuco verdes; o también la terciopelo, sugestiva como su nombre que cuando una la toca le prende de la palma de la mano con finísimas púas que crujan espinas de las que no se ven...

Están las flores que uno no puede ver sin que nos inspiren una buena cazuela; como el ltabo, la flor del ayote...

Algunas tienen sabor a Iglesia y están siempre a los pies de todos los santos, sobre el recuerdo de todos los muertos: la eucaristía, las petunias, los lirios.

Algunas vienen por tiempos: las veraneras, las campanulas azules que parecen repicar con el céfiro de las segundas.

Están las flores de casas pobres: violetas, amapolas, rosillas, maderos negros, clavelillos.

Las que se llevan en los días de mucha alegría: azahares para la novia; azucenas para la niña que hace Primera Comunión.

Y las parásitas que ya saben de memoria el sueño de nosotros que después de escribir quisieramos no hacer nada y que miramos llenos de envidia...

Y está la lila con la que se regalan las novias pobres.

Y por ahí, totalmente olvidadas, están las desconocidas que nuestros poetas vernáculos han cantado: las Santas Lucías, las más lindas y pobres y resentidas.

Las maravillas, que come el ganado, y que cuando inundan un prado parecen un pedazo de Sol que se regó contra abajo...

Y están los amarantos, que son como la tarde misma tacho nada de celajes...

Y está la mujer... con sus risas contenidas, con sus pestañas recogidas como regazo de violetas... con sus palabras dulces y sus manos ahierias en el ademán de dar, con un acento lleno de silencio como se entregan todas las flores...